

MITO E HISTORIA EN LA INSTRUCCIÓN DE UN CABALLERO*

Por *ENRIQUETA VILA VILAR*

Entre el mito, la leyenda y la historia, existen unos hilos sutiles difíciles de desentrañar. Sin embargo, la primera representación del Mito que se conoce deja claro la diferencia entre éste y la Historia. Se trata de un bajorrelieve firmado por Arquelao de Priene, un escultor del siglo II A.C., que se conserva en el Museo Británico y que representa la apotheosis de Homero celebrada en uno de los atrios de la famosa biblioteca de Alejandría. En él aparece el poeta entronizado entre representaciones alegóricas de sus dos epopeyas, además de Crono, el tiempo y Ecumene, la tierra. A cierta distancia, delante del grupo se ofrece un sacrificio religioso en el que un joven, en actitud recogida sostiene un enócoe para la libación mientras una mujer echa incienso al fuego. Y se pueden leer dos nombres: el joven es el Mito y la sacerdotisa la Historia. En él se deja claro la superioridad de la primera sobre el segundo, porque el mito, sea individual o colectivo, no existe sin una base histórica que lo sustente.

Viene toda esta introducción semialegórica, a que la figura del Venerable D. Miguel Mañara, uno de los personajes más representativos del alma barroca de esta ciudad del que, al parecer, Roma espera un milagro para elevarlo a los altares, se ha movido hasta no hace mucho entre el mito, la leyenda y una sólida base histórica guardada en los múltiples Archivos sevillanos, que al ir siendo desenterrados, van destruyendo el mito y desentrañando su admirable vida y su obra inmortal.

Pero antes de entrar en la materia que me ocupa, quiero aclarar que cuando hablo del mito que constituye la figura de D. Miguel, no me estoy refiriendo a la superchería que crearon los románticos, basándose

* Esta disertación es un resumen de un trabajo más amplio presentado a un Ciclo de Conferencias sobre la figura de D. Miguel Mañara, celebradas en el Hospital de la Santa Caridad en Mayo de 2010.

en unas antiguas leyendas sevillanas y en la tergiversación de sus escritos sacados del contexto de la época en la que fueron redactados, y que lo pasaron por el mundo como la personificación de D. Juan. Hoy eso ya no lo cree nadie y mucho menos después de lo claro que ha quedado con el libro de Olivier Piveteau, *D. Miguel Mañara frente al Mito de D. Juan*, editado hace poco¹. Me refiero al mito que él mismo personifica con su vida y con su obra y al que crearon sus amigos y allegados, entre ellos su primer biógrafo, el P. Cardenas². Por eso me atengo a la tercera acepción que del termino “mito” ofrece el Diccionario de la RAE y que es la siguiente: “Persona o cosa rodeada de extraordinaria estima”.

D. Miguel murió en olor de santidad, después de haber realizado una inmensa e intensa labor por los más desvalidos y haber ido despojándose de sus enormes riquezas que harían “mas tarde admirable el descenso a la humildad de mayores quilates conocida en Sevilla” a decir del escritor y periodista José Andrés Vázquez³. Dos años antes de su muerte se recluyó en el Hospicio que él mismo había fundado, donde pidió ser admitido en una pobre celda que aún los Hermanos de la Caridad conservan como una reliquia. Durante esos dos años y algunos antes en que había dejado su lujosa casa de la calle Levíes para vivir en una pequeña que alquiló al lado del edificio que iba construyendo, su entrega total a los pobres lo elevó a una vida ascética que se refleja en sus escritos que no pueden entenderse sin tener en cuenta la mentalidad de la época barroca, en la que la muerte era el motor y la protagonista de una religiosidad que lo impregnaba todo. Por eso, los que lo conocían y los que lo admiraban, se olvidaron del hombre y sólo se interesaron de resaltar al santo. Tanto el P. Cárdenas como los testigos del proceso de beatificación que se inició un año después de su muerte todos, amigos, familiares, clérigos o criados que lo conocían bien, nos ofrecen un personaje incompleto y, por tanto, deformado e irreal. En síntesis, todos viene a afirmar que D. Miguel, después de una vida más o menos licenciosa en su juventud, para lo que se basan en unos pocos sucesos, se hace más respetable después de su boda con D^a Jerónima Carrillo de Mendoza, en 1648 –tenía entonces 21 años- y

1. Fundación Cajasol, 2 vols. Sevilla, 2007. 433 y 333 pág.

2. De la obra de Cárdenas hay cuatro ediciones. La última, de 2009, es un facsímil de la primera edición de 1669, editada por la Hermandad de la Santa Caridad y el Ayuntamiento de Sevilla. En la Introducción de E. Vila se detalla las otras tres.

3. *D. Miguel Mañara*. Ediciones Atlas, Madrid, 1943, pág. 30.

al morir ésta trece años después, es decir, en 1661, sufre un tremendo choque que lo llevan, en palabras de la época a “una mudanza de vida”, es decir a su conversión y a abandonarlo todo para dedicarse sólo a los pobres⁴. Muy poco o nada se dice de su formación, ni de los cargos que ostentó, ni de su prestigio en todos los ámbitos de la ciudad, ni de que su “mudanza de vida” no fue repentina, sino gradual y reflexionada como es natural y propia de una persona de su inteligencia, ni de su importante familia que tanto influyó en su carácter. Es decir: nada que refleje al gran hombre que fue.

Cuando hace ya bastantes años buscaba en el riquísimo archivo de la Hermandad de la Caridad documentación sobre D. Tomás, el poderoso empresario corso, padre de D. Miguel, que después de amasar una considerable fortuna con sus negocios en América se estableció en Sevilla como un auténtico potentado, la figura de D. Miguel sólo me interesaba como uno de los descendientes de mi personaje. Creía que después de las biografías y escritos anteriores, los documentos aportados para la *Positio*, elaborada para presentarla en el Vaticano con la solicitud de su beatificación y, sobre todo, el documentado y contundente libro del P. Granero aparecido en 1961, que recientemente ha sido reeditado, ya se había dicho todo sobre él, y sólo le dediqué poco más de una página en la que introduje unos datos desconocidos por los que intuía que estaba ante un hombre con una importante mentalidad empresarial heredada de su muy inteligente padre. Sin embargo, en aquel momento, como ya he dicho, me interesaba más la figura de éste y me preguntaba ¿Qué se puede decir de D. Miguel que no se haya dicho ya?⁵

Unos años después, buscando entre la documentación del Consulado conservada en el Archivo General de Indias, pude comprobar el papel preponderante que jugó en él sin pertenecer formalmente

4. Sobre su conversión repentina después de la muerte de su esposa, abundan datos en la declaración de varios testigos del primer proceso de beatificación que se conserva en el Archivo Secreto Vaticano Arch.Congr.ss.Rituum. Processus 1.043. Dos de estos testimonios, el de su confesor, D. Juan Grande de Santos, canónigo de la Catedral y el de D. Antonio de Lemus, Prior del Consulado, se encuentran recogidos en mi trabajo “Algo más sobre D. Miguel de Mañara. El viaje a Madrid de 1664” en *Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, Sevilla 1998, págs. 258-259.

5. Vila Vilar, Enriqueta: *Los Cozo y los Mañara. Tipos y arquetipos del mercader con Indias*, Escuela de Estudios hispanoamericanos, Sevilla, 1991. Pp.203-205. Hay una traducción francesa, corregida, y editada por Alain Piázzola. Córcega, 2003. Actualmente la tercera edición está preparada para ser publicada por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

al mismo y encontré unas cuentas de un viaje que hizo a Madrid representando a dicha Institución que me sirvieron para reflexionar sobre su mente ordenada y minuciosa y su capacidad para resolver causas difíciles, reflexiones que me llevaron a elaborar un trabajo publicado en este mismo *Boletín*. Hoy sigo profundizando en este tema después de estudiar su actuación, al poco tiempo de llegar a la Hermandad, en un asunto que estaba estancado desde hacía ocho años y que no podían resolver: la importantísima herencia recibida de un hermano, D. Bernardo de Valdés, que había dejado una gran parte de su fortuna para que en el presbiterio de la Iglesia de S. Jorge se hiciera su enterramiento, para instituir un Patronato con la misión de repartir una fuerte cantidad de trigo a los pobres de Sevilla y para otras obras pías.

¿Quién era Bernardo de Valdés, el hombre que está enterrado a la derecha del presbiterio de la Iglesia de la Santa Caridad, cuyos restos el propio D. Miguel ordenó trasladar desde la iglesia de San Alberto donde había sido enterrado, esperando reposar para siempre en lo que resultó ser un esplendoroso enterramiento para el que había dejado parte de su inmensa fortuna? Poco se sabe de él salvo sus enormes negocios muy bien estudiados en un trabajo de Carlos Álvarez Nogal que lo acredita como personaje de gran influencia en España y en Indias, comprador de oro y plata, miembro del Consulado, asentista del Rey e intermediario en fuertes préstamos a la Real Hacienda⁶.

Aunque el artículo citado muestra muy bien su influencia y poder, es un personaje que debiera ser estudiado con más detenimiento, algo que me gustaría hacer. Sólo un dato nuevo para demostrar su poder sobre el mismo Rey: entre la documentación que sobre este personase se conserva en el Archivo de la Santa Caridad,⁷ he encontrado una Real Cédula original absolutamente reveladora tanto para calibrar al personaje que nos ocupa como para poner de relieve la degeneración a que los Austrias menores

6. Alvares Nogal, Carlos: "Un comprador de oro y plata en la Sevilla del S. XVII. Bernardo de Valdés al servicio de la Real Hacienda". En Vila Vilar, E. Y A. J. Kuethe: *Relaciones de poder y comercio colonial. Nuevas perspectivas*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos y Texas Tech University, Sevilla, 1999, págs.85-115. Su vinculación con el Consulado en A.G.I. Consulados, libros 2-5. En ellos aparece acudiendo a las Juntas del Consulado en los años 1637-38, 1640, 1642-43, 1648, 1653-54.

7. Son dos gruesos legajos con un rótulo en el que consta "Patronato de Valdés". Todo los datos que se aportan sobre él, mientras no se indique otra cosa, está tomado de dicha documentación y de los libros de Actas de las Juntas de la Hermandad.

fueron paulatinamente sometiendo a las instituciones. Se trata de un documento en el que el propio Rey obliga taxativamente a las autoridades municipales y judiciales a saltarse las leyes —que se citan— de la Recopilación en la que se prohibía que los altos cargos de la Casa de la moneda pudieran acuñar plata propia ni por si ni por medio de sus representantes. A Bernardo de Valdés se le otorgó el cargo de Alcalde Mayor de la Casa de la Moneda que era incompatible con su profesión de comprador de oro y plata, por lo cual los otros dos alcaldes que entonces estaban nombrados se negaban a darle posesión de su cargo. Como digo, la ascendencia de Valdés ante la Corte debía ser fuerte porque, en 1652, la Cédula a la que me he referido dice lo siguiente:

“Por cuanto por parte de vos, Bernardo de Valdés Godoy, Alcalde de la casa de la Modeda de la ciudad de Sevilla, comprador de plata, me ha sido hecha relación que yo os hice merced del dicho oficio perpetuo por juro de heredad y por facultad de nombrar persona que le sirviese, suplicándome que porque hay otro alcalde de la dicha Casa sea servido de haceros merced de que vos y los sucesores en el dicho oficio os hayáis de llamar Alcalde Mayor de la Casa de la Moneda de la dicha ciudad y tener mejor lugar y asiento precediendo a todas las personas que concurrieren en las Juntas que se hicieren en la dicha Casa y que hayáis de poder asistir a reconocer el feble y labrar el oro y la plata sin embargo de la ley que lo prohíbe.....es mi voluntad que vos, el dicho Bernardo de Valdés Godoy y los que os sucedieren en el dicho oficio en cualquier manera para siempre jamás os hayáis de llamar Alcalde Mayor de la Casa de la Moneda de la ciudad de Sevilla...”⁸

El documento continua conminado a todas las autoridades, a las que menciona, a que respeten dicha Cédula y ordenando al Presidente de su Consejo de Cámara que siempre que pasase ante ellos dicho título, por renunciación, cesión o venta se tuvieran las mismas preeminencias con aquellos que usaran de él. Tal título vino a recaer en la Hermandad de la Caridad por el legado que le dejó Valdés en su

8. Real Cédula firmada en Madrid a 22 de Septiembre de 1652.

testamento otorgado en Sevilla, ante el escribano Ambrosio Diez, el 29 de abril de 1655⁹.

Pues bien, este embrollado asunto fue resuelto por D. Miguel en sólo unos meses imponiendo su autoridad y ello le valió ser elegido Hermano Mayor, cargo que ocupó hasta su muerte¹⁰.

Está claro que toda la inmensa labor de D. Miguel en la Caridad, no hubiera podido conseguirla sin una sólida formación y un enorme prestigio personal demostrado a lo largo de su vida en sus trabajos para el Cabildo o para el Consulado, prestigio que le valió para atraer a la Hermandad, después de ser elegido Hermano Mayor, a los más importantes y ricos caballeros sevillanos, todos amigos y parientes y al mismo Murillo que ingresó en 1665. Todos sus biógrafos cuentan como D. Luis Bucareli, al poco de formar parte de la Caridad, le entregó una limosna de 24.000 ducados, cantidad exorbitante para esas fechas. Pero nadie dice que D. Luis Bucarelli, Caballero de Santiago, era hermano de Nicolás Bucarelli, uno de los fundadores de la Real Maestranza de Caballería,¹¹ y Gemma, progenitora del primer Marqués de Vallehermoso, e hijo y heredero de Antonio M^a Bucarelli, un riquísimo mercader con una amplia trama mercantil americana y europea, compañero en muchos negocios de D. Tomás Mañara.

Para conseguir la colaboración de hombres tan poderosos no intentó ni por un momento ningún tipo de halago, sino todo lo contrario: los fustigaba para que se convirtieran sin ningún miramiento. Siempre me ha llamado la atención un párrafo de *El Discurso de la Verdad*, que he usado en otra ocasión, absolutamente demoledor para esta clase social a la que tan perfectamente conocía y que no me resisto a transcribir:

9. El testamento de Valdés se encuentra en el Archivo Histórico Provincial de Sevilla, Protocolos, leg. 12.942.

10. En el trabajo original de donde hago este extracto, y que será publicado por la Hermandad de la Santa Caridad, dedico bastante espacio a la resolución de este asunto. Aquí sólo me interesa resaltar algunos datos e hipótesis con los que pretendo poner de relieve la falsedad de la escasa instrucción de D. Miguel.

11. Alguna vez habrá que estudiar la mucha plata americana que consiguió fundar y enaltecer las dos instituciones sevillanas más genuinamente barrocas y que aún perduran en el tiempo ejerciendo las funciones para las que fueron creadas: La Santa Caridad y la Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

“Mira los poderosos con la profanidad que sirven a su loca señora. Qué coches, qué literas, qué estufas no ha inventado su comodidad? Qué comida, bebidas y olores su gula? Los tabiques de sus casas son cristales, sus templos un aposento de sus casas adonde sus camas profanan (no adoran) el estupendo y Santo Sacrificio de la Misa, haciendo el sacerdote (como yo he visto) primero a ellos la reverencia para empezar, que a Dios nuestro Señor en cuya presencia tiemblan los ángeles y el Firmamento se humilla...Y ha llegado el tiempo, que delante de estos Epulones (por nuestros graves pecados) no sólo los sacerdotes de Dios les hacen reverencia, sino que acompañan las visitas hasta los estrados. O desdichados siglos! O tiempos lamentables! O locos engañados! Dónde está el culto y veneración que tenéis a Dios, pues así tratáis a sus criados?”¹²

Es el mismo lenguaje duro y directo que emplea para describirse a sí mismo y que tantos problemas iba a ocasionar a su insigne figura.

Una de las claves para conocer bien a D. Miguel es su educación de la que muy poco se sabe y sobre la que hay aseveraciones que no parecen ser muy ciertas. El mismo Granero, que tan bien estudia al personaje y que dedica un epígrafe de su libro a “La formación de un caballero” no dice nada en concreto, pero afirma que no fue empujado por el camino de las letras y que muy pronto comenzaron “a iniciarle en aquellas artes y ejercicios que cumplían a un perfecto caballero: la poesía, la pintura, la música la equitación y el manejo de la espada”, aunque más adelante habla de su prosa limpia y cincelada y de su palabra justa “que sale de sus labios y de su pluma con extraña fuerza”. Y termina el epígrafe diciendo: “No son muchas las páginas de de él se conservan, pero ellas bastan para convencernos que aún sin latinidad y sin artes no faltó una cultura refinada a aquel incipiente caballero”¹³. Con la última afirmación estoy absolutamente de acuerdo. En cuánto a no saber latinidad ya no lo estoy tanto, aunque es algo que en lo

12. Edición facsímil de la cuarta edición de 1778. Págs 64-66.

13. Granero, J.M.: *D: Miguel Mañara Leca y Colona y Vicentelo (Un caballero sevillano del siglo XVII)*. Sevilla, 1963, págs. 111-112

que insisten todos sus biógrafos basados en que no había pasado por la Universidad y en los testimonios del P. Cárdenas y de su confesor el Canónigo D. Juan de Grande de Santos, quien afirma en su declaración en el proceso de beatificación que todos quedaron asombrados al entrar en su celda y encontrar una Biblia en latín, que nunca había aprendido pero que leía porque estaba anotada al margen. Con todos mis respetos para ambos clérigos, debo decir que eso me parece una puerilidad. Los que hayan estudiado latín saben que para leer y anotar en esa lengua un libro tan difícil como la Biblia, tenía que tener bastantes conocimientos de ella, mucho más sabiendo que su hermano Francisco que estaba siendo preparado para heredar el Arcedianato de Carmona de su pariente Vázquez de Leca, aunque tenía ocho años más que él y murió cuando D. Miguel era aún un niño, viviría rodeado de canónigos que siguieron frecuentando la casa. De hecho algunos hermanos de la Caridad afirman que en una de sus biografías se dice que fue educado por ellos. Yo no he podido encontrar el dato, pero para insistir en su profunda formación me voy a basar hechos incontestables: la personalidad paterna, su conocimiento de idiomas y de las Sagradas Escrituras y su indudable conexión con la Academia de Pintura que fundó Murillo, que sólo tuvo catorce años de vida que coincidieron casi exactamente con la labor de D. Miguel en la Caridad.

La personalidad de D. Tomás, no deja lugar a dudas sobre que cuidaría la educación de sus hijos al máximo y mucho más la de aquel que con ocho años hizo Caballero Calatravo. D. Tomás era un hombre muy inteligente y bastante instruido como demuestran no sólo sus grandes negocios sino también su profundo conocimiento del circuito comercial atlántico que le capacitaba para redactar memoriales que llegaban a la Corte y eran examinados y aprobados por los grandes banqueros italianos, de los que por cierto, de alguno de ellos era agente en Sevilla.¹⁴ En 1640, con motivo de un viaje a Madrid para asuntos del Consulado, presentó en la corte un Memorial en el que exponía los remedios para acabar con un fuerte problema que aquejaba el comercio: el tremendo fraude en el registro de la plata. En la introducción de este

14. El Memorial, la discusión que suscitó y las medidas que se tomaron siguiendo sus consejos en Archivo General de Indias, Indiferente, 761. Para la formación empresarial de D. Tomás véase Vila Vilar, E.: *Los Corzo...*, págs. 114-134.

Memorial parece más que un cargador, un alto funcionario y más que un extranjero, un castellano que estuviera en contra de ellos. Era un hombre ordenado y disciplinado como demuestran los libros que de él se guardan en el Archivo de la Caridad, algo muy común entre los grandes mercaderes de esa época, pero que él había heredado de su pariente el Corzo¹⁵ y que transmitió a su hijo como puede verse en el cuidado de la encuadernación y miniado de los libros de actas de la Hermandad desde que D. Miguel se hizo cargo de ella, así como el de las nuevas Ordenanzas que redactó.¹⁶ Por eso es seguro que si bien D. Miguel no tuviera título de estudios superiores, debió tener los mejores preceptores, aunque tampoco se conoce el nombre de ninguno. Por eso es muy verosímil lo que afirma un erudito sevillano basándose en un libro anotado por el propio D. Miguel, que era “bibliófilo, humanista y gran amorador de la poesía y en tan espirituales menesteres parece que debía de ocupar la mayor parte de su tiempo”. Quien esto escribe es un bibliófilo sevillano, Miguel Romero Martínez, que poseía una magnífica biblioteca con numerosos incunables y que tenía un curioso libro, anotado y firmado por D. Miguel como su mayor tesoro¹⁷. El libro a que se refiere tan distinguido como desconocido intelectual es un ejemplar bastante raro. Su dueño confiesa en dicho artículo que debía ser un ejemplar único porque

15. Los libros de Juan Antonio Corzo, de sus privilegios, testamento, compra de las villas de Cantillana y Brenes, árboles genealógicos, etc, se encuentran perfectamente conservados, escritos con una bella letra y encuadernados en pergamino. Sus libros de cuentas, que deberían ser excepcionales pues tenía como contable nada menos que a Bartolomé Salvador Solórzano, autor del primer tratado de contabilidad por partida doble, publicado en Madrid en 1590 titulado *Libro de Caxa y Manual de cuentas de Mercaderes, y otras personas con la declaración dellos* y está dedicado a Felipe II. A este personaje lo ha estudiado bien, el profesor Hernández Estevez. Sus estudios y noticias sobre éste en Vila Vilar, E.: “La liquidación de un imperio mercantil en el S. XVI”. *Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*. Sevilla 2000, págs. 143-158.

16. Pueden verse en el Catálogo de la exposición *Miguel Mañara. Espiritualidad y arte en el barroco sevillano (1627-1679)* Hermandad de la Santa Caridad, Sevilla, 2010. .

17. Esto lo dice en un artículo publicado por ABC el 10 de Febrero de 1944 que se titula “Un libro sobre Mañara”, que pretende ser una reseña del libro de José Andrés Vázquez antes citado. Un periodista que estos años bastantes artículos de temas culturales, Guzmán de Alfarache, pseudónimo de Enrique Vila, publicó también en el diario ABC, al mes siguiente en Marzo de 1944, un trabajo titulado “La biblioteca de D. Miguel Romero Martínez, formada por él mismo, consta de seis mil volúmenes. Predominan las obras de literatura, arte, historia y bibliografía” y en el asegura haber visto el libro de Mañara. Este artículo completo, el aumento y posteriores vicisitudes de la biblioteca de D. Miguel Romero, incluyendo su venta a la Universidad de San Diego (California) donde ahora se guarda parte de ella, puede verse en Barrero González, Enrique: *Miguel Romero Martínez, bibliófilo humanista*, La espiga dorada, Sevilla, 2009, págs. 235-249.

“ni en el mismo Fulchet-Delbosc he podido hallar rastro de volumen tan peregrino”. Después de citar su título y la edición de París de 1644, sigue diciendo que es “...un maravilloso cancionero poético de autores italianos y españoles de los mejores tiempos, que fue la admiración de Dámaso Alonso, cuando en fecha no lejana, y en unión de Joaquín Romero Murube, me honró con su visita...”. Y termina “Este libro tiene en una de sus guardas la firma autógrafa de Mañara y constituye a mi entender, si bien se mira, un brillantísimo argumento sobre las fábulas acumuladas sobre su fabulosa mocedad”. En realidad es un libro muy raro, escrito en francés, del que Olivier Piveteau ha localizado un ejemplar en la Biblioteca Nacional de París. Su largo título traducido es: *El Apolo o el oráculo de la poesía italiana y española. Con un cometario general sobre todos los poetas de ambas lenguas, tanto antiguos como modernos. Dividido en dos partes*¹⁸. Su autor, Pierre Bense-Dupuis, era un gramático y filólogo francés, con título de secretario e intérprete de Luís XIII y de su sucesor Luís XIV. Fue profesor de Oxford y ha dejado varios libros entre ellos una Gramática alemana y francesa y éste otro citado que propone dos estudios: uno sobre la poesía italiana y el segundo, un poco más corto, sobre la poesía española, incluyendo un capítulo de la influencia de la primera sobre la segunda. Según el profesor Piveteau, más que de antologías se trata de estudios con destino a un lectorado culto francés, de las retóricas, métricas y formas poéticas en uso de ambos idiomas y con abundantes extractos de poemas tanto italianos como españoles y el estudio propiamente dicho, de carácter sumamente académico y erudito. Es una pena que en el inventario detallado que se hizo de la casa de los Mañara a la muerte de doña Jerónima no se haga ninguna mención a la biblioteca, que tuvo que haberla. Algo por otra parte muy común en los inventarios de estos grandes mercaderes.¹⁹

18. La ficha completa que me proporcionó Piveteau es: *L'APOLON ov L'ORACLE DE LA POESIE ITALIENNE, ET ESPAGNOLE. Avec un commentaire general sur tous les poètes de l'une & de l'autre langue, tan ancienque modernes divide en deux parties. Par BENSE-DVPVIS, Secretaire interprete de Sa Magestè. A PARIS, Chez Tovssaint Qvinet, au palais, dans la petit Sale soubz la montée de la Cour des Aydes, 1644, (24)-494*

19. De todos los que yo he podido examinar sólo he encontrado una colección de unos treinta volúmenes en el de Juan de la Fuente Almonte que están recogidos en el libro que escribí sobre esta familia con el profesor Guillermo Lohmann Villena: *Familia, linajes y negocios entre Sevilla y las Indias: los Almonte*. Fundación Mapfre-Tavera, Madrid, Sevilla, 2003. La biblioteca está descrita en las páginas 199-204. Para ello conté con la inestimable colaboración de los Dres. Carlos Alberto González y Pedro Rueda Ramírez. Desde aquí vuelvo a agradecerles que pusieran a mi disposición su conocimiento sobre libros antiguos.

En el polo opuesto a la personalidad metódica y rigurosa de Romero Martínez podemos situar a un escritor-periodista sevillano de la generación de la transición llamada “los narraluces”, que escribió un libro raro, casi subrealista, titulado *Discurso de las postrimerías de D. Miguel Mañara en su fantástica pasión y muerte, Con la historia que Valdés Leal contara al visitante de la Ciudad de los locos seguido de la danza de las antorchas. Publícalos José Luís Ortiz de Lanzagorta por iniciativa del Ateneo de Málaga y un caballero de Córdoba el Nueve de Mayo de 1979*. En él se nota su admiración por el *Discurso de la verdad* mientras va desmenuzándolo de forma un tanto anárquica y comparándolo con la representación que de este Discurso hace Valdés Leal en sus famosos cuadros de las Postrimerías²⁰. Pues bien, en la nota 9 de su extraño relato habla de de un viajero alemán, Lassota de Steblovo, que recorrió España al servicio de Felipe II y que, en 1583, llega a Sevilla desde Cádiz a través del Guadalquivir y escribe un relato de viajes en el que hace una descripción de la ciudad en la que él ve similitudes con un pasaje del *Discurso*. Y dice textualmente: “Aunque todos los biógrafos parecen coincidir en que D. Miguel Mañara no fue hombre de gran cultura, más bien al contrario (situación que desde entonces resulta habitual en el lugar), esta parte del discurso es sumamente rica en alusiones a otros textos” para terminar con este estrambote: “...que sepamos no existía en la primera mitad del siglo XVII, ninguna traducción castellana del *Diario* de Steblovo. Sólo cabe pensar que D. Miguel lo leyera en alemán, quizás milagrosamente.”

Después de todo lo dicho es lamentable que no se sepa nada de la biblioteca de D. Miguel, pero de todas formas no es absurdo conjeturar que D. Miguel leyera y hablara varios idiomas. Vivió en el ambiente más cultivado de una ciudad cosmopolita, “babilónica” como repite machaconamente en su *Discurso*, su padre hablaba italiano y sus amigos eran hijos de extranjeros, los Neve y los Jácome de origen belga, los Bucarelli, italianos y tantos otros que, aunque se españolizaran, conservarían en su lenguaje familiar sus lenguas vernáculas. ¿Cómo si no se entiende que el Cabildo lo enviara a la Corte a fines de 1658 para representarlo al frente de una lujosísima

20. Olivier Piveteau establece ese mismo paralelismo, de forma mucho más ordenada y académica en su magnífico libro *Don Miguel Mañara...*, t. I, págs. 161 y ss.

comitiva para expresar la enhorabuena de la ciudad por el nacimiento del primer hijo varón del Rey? Tres meses duró el viaje en el que debieron permanecer en un Madrid abarrotado de delegaciones de distintas cortes europeas casi dos meses. Nada más lógico que eligieran un miembro con soltura en diversas lenguas²¹.

Igualmente demuestra su formación el profundo conocimiento que tenía de las Sagradas Escrituras como deja bien patente en su *Discurso de la Verdad*, y eso también es algo que no se aprende en unos años de meditación por muy profunda que ésta sea.

Por último, y para terminar, me voy a referir a algo que atañe a la construcción de la Iglesia de la Santa Caridad. No pienso, como es natural, hacer ninguna referencia a las obras de arte que ella alberga —doctores tiene la iglesia— pero sí al buen gusto y al espíritu cultivado de quien la diseñó. Mucho se ha escrito del sentido alegórico de todo el conjunto, de los jeroglíficos, de las postrimerías etc. Yo solo quiero llamar la atención sobre la elección de los grandes artífices de ella, que desde luego no fueron elegidos al azar. Todos pertenecieron a la Academia de Pintura que fundó Murillo: su propio fundador así como Valdés Leal y Pedro Roldán, el primer escultor que ingresó en ella. Recientemente se ha publicado un pequeño y bello librito de Ramón Corzo en el que hace un muy concreto y claro resumen de los intermitentes y desordenados papeles que de ella se guardan en la actual Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría²², que ya habían sido examinados por Ceán Bermúdez, José Gestoso o Antonio de la Banda entre otros autores. Examinándolo, me he dado cuenta de una cuestión que no había podido explicarme hasta ahora: el por qué se instaló dicha Academia en una sala del edificio del Consulado de Sevilla, que aún no se había acabado de construir. Sabido es la amistad que D. Miguel tenía con Murillo de quién debió recibir clases de pintura en su juventud pues con 23 años, en 1650, actuó como padrino de su hijo José Esteban y al año siguiente también apadrinó a su otro hijo, Francisco Miguel²³. En 1660 cuando Murillo crea la Academia ya D. Miguel eran un personaje entre los

21. El viaje muy bien descrito en Granero: *D. Miguel...*, págs. 253-255.

22. *La Academia del Arte de la Pintura de Sevilla. 1660-1674*. Instituto de Academias de Andalucía. Sevilla, 2009.

23. El dato está tomado de Granero, *Don Miguel...*, pág. 407.

miembros del Consulado. En el libro que he citado se dice textualmente:

“Resulta de gran interés que la iniciativa tuvo dos años de gestiones preparatorias en la que no se obtuvo el apoyo oficial; aquí la palabra “Gobierno” por Ceán puede que se deba aplicar al municipal ya que el nacional sí mostró un gesto de generosidad al ceder el local en la Casa Lonja en el que se iniciaron las clases y por el que sólo se registra un abono de 24 reales el primer mes y otras dos pequeñas cantidades al Alcalde en 1671 y 1672”²⁴.

Pero no hay que equivocarse: la Casa Lonja era propiedad del Consulado de Cargadores a Indias que había comprado el solar y la estaba construyendo a sus expensas mediante un impuesto que establecieron sobre las mercancías que venían de América. En el año 1660, como hemos visto, D. Miguel era un hombre muy influyente en el Consulado y no debe extrañar que interviniera para que alguna de las dependencias que aún no estaban ocupadas —en realidad las necesidades del Consulado nunca llegaron a ocupar el edificio totalmente— le fuera cedida a su amigo y maestro. Porque también es significativo el bajo alquiler que le pusieron y que este, al parecer, no se volviera a pagar hasta los años setenta, cuando ya D. Miguel estaba retirado de verdad de todo lo que no fuera su labor en la Caridad y cuando Murillo también había ya abandonado la Academia. Sea como sea, los tres más grandes artistas que en ella trabajaron fueron los que también lo hicieron para D. Miguel y consiguieron este milagro de arte.

Después de todo lo dicho ¿Se puede hablar de D. Miguel como un joven libertino? Si fue así tuvo que ser un libertino muy precoz porque si no, no se concibe como un hombre tan recatado y recto como Murillo lo hiciera padrino de un hijo suyo a los 23 años ¿Cuándo tuvo tiempo para tantas licencias como se le atribuyen y para pecar tanto como él mismo se acusa? ¿Cómo pudo tener tanto prestigio en la ciudad, aún antes de dedicarse a su labor asistencial, un hombre al que quieren pintar tan desalmado? Hay que convenir que esto sí que es un mito que ya no se tiene en pié. La Historia, sacerdotisa y sabia, con su constante alimentar el fuego de la verdad, ha ido destruyendo al joven Mito aunque haya querido embriagarnos con el vino de su enócoe.

24. *La Academia...*, pág. 15.